

BOLETIN

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE LA PURISIMA CONCEPCION



SEMBLANZA DE PEDRO AIZPURÚA*

Juan Bautista Varela de Vega

Un concierto más –el VII– en homenaje a un académico músico, se dedicará al maestro de capilla de nuestra Catedral, Pedro Aizpurúa Zalacaín.

Vasco de origen, lleva cuarenta años entre nosotros, durante los que ha desarrollado una ingente labor como compositor, organista y profesor en el Conservatorio, del que fue director.

De nuevo, con motivo de la festividad de San Pedro Regalado, la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, con el patrocinio de la Junta de Castilla y León, la Fundación Municipal de Cultura y la colaboración de Caja España, ofrece esta séptima edición de sus homenajes anuales.

Pedro Aizpurúa nace en Andoain (Gipuzcoa), el 13 de mayo de 1924. Contaba con un ambiente musical en la familia. Pedro recuerda perfectamente el primer piano que se compró en la casa. El padre poseía una gran musicalidad, tenía una voz de tenor estupenda y cantaba magníficamente. El entonces director del *Orfeón Donostiarra* le oyó cantar y le quiso llevar para San Sebastián de voz solista. Cantaba en el coro de la parroquia de Andoain, donde aprendió Pedro en las clases diarias de solfeo que impartía el organista

Alberto Aguirre; excelente organista, que interpretaba las *Sonatas* de órgano de Mendelssohn y obras de César Franck y, por supuesto, de Juan Sebastián Bach.

Los otros dos hermanos de Pedro también estudiaron música. Uno de ellos –sacerdote– dirigió un coro en Tolosa (Gipuzcoa), dando conciertos en Atenas, y en París, en la Radio-Televisión Francesa. El otro, ha querido que sus hijos estudiaran todos música, además de sus carreras universitarias. En casa de este hermano tienen un órgano Hammond, en el que Pedro toca y compone durante el verano.

Siendo muy niño, Pedro todas las tardes, después de comer, recibía clases de piano de Aguirre, quien un día, viendo las notables disposiciones de su alumno, le permitió tocar unas piezas al órgano en la parroquia. Tenía Pedro diez años. A los once ingresa en el Seminario de la Universidad Pontificia de Comillas (Santander), de los jesuitas. Durante trece años cursó toda la carrera eclesiástica: los seis años de Humanidades y las licenciaturas en Filosofía y en Teología, en la Universidad Pontificia propiamente dicha. Por cierto, a los catorce años toca como organista «titular» en el pequeño órgano del Seminario, en cuyo coro cantó hasta esa edad, y todo bajo la

* Del Concierto anual en homenaje a los Académicos Músicos, VII. (11-V-2000).

dirección de un músico excepcional, el padre jesuita José Ignacio Prieto. Con éste toma por vez primera contacto con la obra organística de Bach, Haëndel, César Frank, Guilmant, Vierne. En el órgano de la Universidad Pontificia, será titular durante siete años, siendo también colaborador del padre Prieto en la *Schola Cantorum*, sucesora de la fundada por otro músico jesuita eminente: Nemesio Otaño. Y Pedro, como organista de la Pontificia, sucedió a Norberto Almandoz, sacerdote y compositor guipuzcoano, más tarde canónigo y maestro de capilla de la Catedral de Sevilla y fundador de su Conservatorio; una figura muy importante de la música religiosa de su tiempo.

En San Sebastián Pedro estudia piano, armonía y órgano, con el profesor del Conservatorio de la capital donostiarra, Luis Urteaga, natural de Villafranca (Guipúzcoa), que había sido organista en Zumaya y Berástegui y, en el año en que precisamente nació Pedro –1924–, será organista de la iglesia de San Vicente de San Sebastián. Fue un prolífico compositor de música vocal religiosa y para órgano, además de un brillante concertista de órgano, al que tuvimos la dicha de escuchar en más de una ocasión.

No obstante, el padre Prieto era para Pedro una especie de director y consultor –verdadero orientador– de sus estudios. El padre Prieto le aficionó a Debussy, tanto que Pedro tocaba obras de Debussy preparadas para órgano.

Nos los cuenta Pedro: «Yo tenía 17 ó 18 años... El padre Prieto me decía: –Mira, ven conmigo a la sala de música –me ponía los discos– y vamos a escuchar los *Nocturnos* de Debussy. Y apagaba la luz, y nos poníamos a escuchar, con la partitura delante. Yo quedaba paralizado. Recuerdo perfectamente ese fenómeno de fascinación».

Termina Pedro diciéndonos: «La influencia del padre Prieto fue muy importante en mi vida. Me introdujo, además, en el gusto por la disonancia, pero la disonancia atractiva y agradable y me decía, por ejemplo: ¿sabes de quién es esto?, es el comienzo de una obra de Strawinsky».

Para Pedro el padre Prieto, como compositor de música religiosa, era un modelo de refinamiento. Salía mucho al extranjero a conocer y escuchar la música de su tiempo y, asimismo, para dirigir orquestas, como la Sinfónica de Atenas. Poseía una biblioteca de partituras musicales fantástica.

Prieto había sido discípulo de Lamote de Grignon y de Zamacois. Fue profesor de Armonía en el Pontificio Instituto de Música Sacra de Roma. Sucedió al padre Otaño al frente la *Schola Cantorum* de Comillas. Más tarde dirigió la *Coral Santo Tomás de Aquino*, de la Universidad de Madrid. Se ha señalado a José Ignacio Prieto como el más avanzado compositor de música religiosa según las directrices del *Motu Proprio*, de Pío X.

Pedro estudió con otro gran músico, el donostiarra Francisco Escudero, contrapunto, fuga y composición. Escudero fue un brillante discípulo de Paul Dukas y Le Flem en París, y de Conrado del Campo, en Madrid. Después, profesor y director del Conservatorio de San Sebastián. Pocos compositores del entorno regionalista vasco de su época, pueden presentar tres obras sinfónicas de la gran calidad de su *Concierto vasco*, el *Concierto para cello y orquesta* y la *Sinfonía sacra*. Con este músico se cierra el período de la formación musical de Pedro, quien siempre ha manifestado la inmensa suerte de haber contado con maestros tan extraordinarios. Algo que reconocerá también en su otra formación: la musicológica. En los estudios de Musicología que llevó a cabo, tu-



Pedro Aizpurúa en el órgano de Salinas.

vo a dos eminentes maestros, de fama internacional: el español Samuel Rubio y el francés Jacques Chailley.

En Comillas tocó Pedro gran parte del repertorio organístico de Bach, y de los citados Mendelssohn, Haëndel, Franck, Guilmant, Vierne, además de Pierné, Faure, Widor, etc.

Por supuesto, las obras para órgano de muchos autores españoles modernos: Guridi, Arregui, Otaño, Urteaga, Beobide, Gaspar de Arabaolaza, músico éste exquisito, del que se cantaba, en San Ginés de Madrid, todos los Viernes Santo, sus *Siete Palabras*. De Arabaolaza tocaba Pedro una obra para órgano publicada en una editorial de Nueva York.

Todos estos autores eran los que el pa-

dre Prieto sacaba a la luz en la revista *Música Sacro-Hispana*, que él dirigió.

El conocimiento de nuestros grandes organistas del Renacimiento, del Siglo de Oro y posteriores, para Pedro vino después.

En 1948 –a los 24 años– hace Pedro oposiciones a una canongía con cargo de maestro de capilla, en la Catedral de Orihuela (Alicante), pues al entonces obispo de esa diócesis, José García Goldáraz, más tarde arzobispo de Valladolid, le habían hablado de Pedro Aizpurúa. García Goldáraz le indicó la necesidad que tenía de la dirección de la música en aquella Catedral, a la vez que de la enseñanza de Filosofía en el Seminario alicantino. Gana las oposiciones dobles, a

canónigo y a maestro de capilla, y a partir de este momento, el obispo García Goldáraz le encarga además la formación de la *Schola Cantorum* del Seminario y el impartir la asignatura de Ontología. Con la *Schola Cantorum* dará numerosos conciertos por toda la provincia de Alicante, acompañado por las famosas bandas de música de la región.

En 1960 es trasladado a la Catedral de Valladolid, como canónigo-maestro de capilla, siguiendo al arzobispo García Goldáraz, quien le nombra profesor de música del Seminario Diocesano.

Es por estos años cuando toma contacto con la vanguardia musical española, especialmente en Madrid, de la mano de Luis de Pablo y con asidua asistencia a los conciertos madrileños del grupo *Alea*.

Por oposición, en 1972, es profesor de música coral e instrumental del Conservatorio de Valladolid, en el que funda el *Coro de Cámara* y la *Orquesta de Cuerda*. Desde 1977 a 1986 dirige el Conservatorio, siendo nombrado en 1981 profesor emérito del mismo, en la asignatura de *Formas de la Música*.

Una de las facetas musicales más singulares de Pedro Aizpurúa es la de concertista. Notable organista, ha dado conciertos en las Catedrales de Castilla y León, Galicia, La Rioja, norte de Francia, Gran Bretaña (Southampton, Londres, Birmingham, Leeds, Manchester, Edimburgh) y en la Fundación March de Madrid. Actualmente, es director de la Coral Vallisoletana, miembro de la Sección Española del RISM (Repertorio Internacional de Fuentes Musicales), consejero musical de la *Comisión de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española* y colaborador de la *Sociedad Española de Musicología*.

Pedro Aizpurúa fue elegido académico

de número el 18 de julio de 1987, sucediendo en el sillón XIII a Joaquín María Álvarez Taladriz. Toma posesión el 29 de enero de 1988, con un discurso de gran trascendencia cultural para Valladolid: *Música y músicos de la Catedral Metropolitana de Valladolid*, que fue contestado por el gran etnomusicólogo y académico de número, Joaquín Díaz.

Como maestro de capilla de la Catedral ha compuesto *Misas, Motetes, Salmos, Antífonas* y otras obras, para el servicio litúrgico catedralicio. Varias de sus obras han sido interpretadas en importantes capitales europeas, llegando hasta Rusia, donde, en Moscú tuvo un éxito enorme su obra para dos pianos *2 FZ*, interpretada por el dúo Frechilla-Zuloaga, dedicatarios de la misma. Ha estrenado obras también fuera de nuestras fronteras, como el *Himno a San Simón de Rojas*, en la Basílica de San Pedro (Vaticano), o la *Misa en griego*, estrenada en Zera.

Música de Aizpurúa ha sido escuchada en Estados Unidos, gracias a nuestro gran dúo pianístico Frechilla-Zuloaga.

Para nosotros la obra de Pedro Aizpurúa, *Las Edades del Hombre*, sobre texto de José Jiménez Lozano, cantata para dos voces solistas, coro, orquesta y cinta magnética, supone un hito en la música contemporánea española. Fue estrenada en Salamanca, en 1993, con éxito inusitado. Sería posteriormente grabada en CD, como lo han sido también varias obras más de nuestro compositor, quien grabó hace años en LP.

Además de su dedicación a la Musicología, cuyos trabajos va publicando en revistas de la especialidad, Aizpurúa remata su polifacetismo musical como destacado teórico, publicando importantes tratados sobre *Conjunto coral*.